

La construcción de personajes terapéuticos

Perturbaciones para una formación en psicoterapia posmoderna¹

Felipe Gálvez Sánchez²

“Los artistas imitan a los hombres en plena acción” (...)
“La acción es lo primero, es el objeto de imitación.
Los agentes que realizan la acción van en segundo lugar”
Aristóteles, *Poética* Ed. 1999

Resumen (Abstract)

El ensayo pretende dar una revisión a las aplicaciones posibles de una ideología posmoderna en el ámbito de la formación en psicoterapia, entendiendo ésta como un proceso de *de-formación* en el cual se tiende hacia la construcción de un personaje terapéutico, por parte del formador, en la relación que establece con el formador y con el proceso mismo.

El personaje terapéutico respondería a la necesidad de un terapeuta en formación, quien en su proceso personal comienza a generar un determinado estilo terapéutico.

La revisión del proceso de *de-formación* desde una óptica que incorpora algunos elementos de disciplinas artísticas y literarias en la comprensión del modo en que se construye un personaje, proporciona algunas luces para entender de otra forma aquello que le ocurre a un terapeuta en formación al preguntarse por la relación entre su ser y su actuar en la Psicoterapia.

Introducción y declaración del enfoque sistémico posmoderno

Normalmente cuando se escucha hablar de posmodernidad se tiene que hay una intención del hablante de hacer alguna especie de crítica, mantener un altercado con alguna visión establecida o con algún principio modernista. Sin embargo, el lector dispondrá de varias reacciones posibles, algunas de ellas menos elegantes que otras. La primera, difícil de comentar, es que sienta distancia respecto del texto y abandone toda intención de entendimiento, comprensión o relación con lo escrito. La más frecuente, difícil de contrarrestar, es que se piense que se está hablando de una época particular de la humanidad. Ésta es la clásica confusión con la palabra “postmodernidad”: aquí se puede llegar a pensar que, dado el avance científico, nos encontramos ya en el futuro “post” moderno y por ende habiendo trascendido la modernidad. Una última lectura, deseable y mucho menos frecuente entre las reacciones posibles, es que se entienda como una intención crítica hacia la modernidad y por ende una lejanía de la validez universal de cualquier principio que intente explicar el fenómeno Humano (Lyotard, 1979)

El mismo tipo de prejuicio sufre el propio nombre de enfoque “sistémico” a causa de un prejuicio similar. Esto dado que se trata de conceptos muy maltratados dentro de la disciplina psicológica y psicopatológica. El prejuicio es suponer que, al

¹ Ensayo para el *Magíster en Ontoepistemología de la Praxis Clínica*, Universidad Mayor 2008

² Docente de la Escuela de Psicología de la Universidad Mayor; Académico del Departamento de Psicología de la Universidad de Chile

hablar de sistémico, se está haciendo referencia exclusivamente a la Teoría General de Sistemas (es decir, 1950), lo que ya representa una reducción y además suponer que se está tomando en consideración la necesidad de trabajar incorporando sistemas más amplios que el subsistema que se está observando (normalmente la familia). Con esto “lo sistémico” queda reducido al status de Teoría, la TGS y a la Terapia Familiar. El perjuicio, por su parte está en el dejar fuera de este enfoque otras teorías, mucho más actuales por lo demás, referidas o a la comunicación humana o al lenguaje. Asimismo, esto provoca que se haga constante referencia a lo sistémico-familiar y, con ello, se deje fuera lo que corresponde al enfoque sistémico (y no a la terapia sistémica), es decir, la condición de cosmovisión de la realidad y una particular forma de entender dónde ocurre el fenómeno psíquico.

Sobre esto vale la pena detenerse un instante. Si bien es cierto el origen del enfoque sistémico se encuentra en la Teoría General de Sistemas (TGS), propuesta por Karl Ludwig von Bertalanffy (con textos que fueron publicados desde el 1950 hasta el 1968), es reductivo proponer hoy que el enfoque sistémico es representado o explicado únicamente desde la TGS. Incluso más si en los años ‘80 e inicios de los ‘90 se decía que el libro de Watzlawick “Pragmática de la Comunicación Humana” (traducido al español como Teoría de la Comunicación humana) era una suerte de Biblia de los sistémicos, hoy podemos afirmar con cierta certeza que representa una de las fuentes importantes, junto a otras publicaciones menos técnicas quizás, pero mucho más metateóricas. Es el caso del mismo Bateson, quien está recuperando un puesto importante dentro de los programas de formación de enfoque sistémico o inclusive autores anteriores a Watzlawick y decididamente lejanos de un ámbito estrechamente psicopatológico y psicológico, como lo son L. Wittgenstein, M. Foucault y M. Heidegger, quienes, en su condición de filósofos, se acercan mucho más a lo que la psicología clínica pareciera hoy en día estar necesitando.

Si bien la historia de la terapia familiar no representa la historia del enfoque sistémico, contiene una serie de elementos comunes, dada la obvia relación entre ambas. Bertrando y Toffanetti, en su descripción de la historia, desde el escenario europeo, destacan la apertura hacia la filosofía y la literatura sobre todo en los años ‘90 y, asimismo, el alejamiento de la medicina y la biología como referencia obligada (Bertrando, P. y Toffanetti D., 2000). Sin ánimo de hacer generalizaciones y sólo en consideración al ámbito chileno, podríamos aducir una tendencia cada vez más cercana a la epistemología de parte de la Psicología y, más aún, una escuela de Psicología (siempre como disciplina de las Ciencias Sociales) flirteando mucho más con la Facultad de Filosofía que con la Facultad de Medicina.

Ahora bien, ¿somos capaces de argumentar que existe un conjunto de postulados articulados que nos permiten hablar con claridad de un enfoque sistémico posmoderno? Quizás la respuesta más rigurosa sea no, pero la intención más sincera es que se están construyendo bases para que así sea y éste es otro esfuerzo más que se suma a tal deseo.

Un enfoque sistémico posmoderno, se trataría de una aproximación que tiene como unidad de análisis permanente la relación entre los sujetos y en la cual, cada aspecto correspondiente a la praxis incorpora una actitud crítica frente a los postulados establecidos por la modernidad. Siendo así, este tipo de enfoque tendría en su accionar un interés declarado por interpelar el proyecto moderno, mantener el estado de crisis en el que se plantea el sujeto moderno y sostener el altercado con las grandes verdades de

la Psicología. En este sentido, una posibilidad es el análisis de los aspectos críticos de la praxis psicoterapéutica (Zlachevsky A., 2002; Linares J., 2005; Payne M. 2002; entre otros) y otra menos fecunda pero igualmente reveladora es el análisis (o más bien la definición de su práctica) de los procesos de formación en Psicología clínica o la formación en psicoterapia. A medida que han ido pasando los años, desde que en 1980 Maturana y Varela introdujeran el concepto de Autopoiesis (o desde que en esa misma época publicaran sus principales obras H. von Foerster, R. Rorty y E. Morin) los teóricos de la psicología clínica y muchos de los representantes de las diferentes escuelas de la psicoterapia, fueron adoptando la postura posmoderna (siempre entendida como crítica) en sus praxis psicoterapéuticas. Los años '90 hasta la actualidad han sido los años de las publicaciones en relación a la psicoterapia posmoderna, influida particularmente por el constructivismo y el construccionismo social (Bertrando, P. y Toffanetti D., 2004). No obstante todo lo anterior, esto no tiene su total correspondencia en los modelos de formación en psicología clínica y en psicoterapia, los cuales, mantuvieron intactos o con muy pocas modificaciones las modalidades de enseñanza de una psicoterapia que, por ejemplo, luego de aquella década entre el 1980 y el 1990, ya no sería la misma.

Una de las principales críticas que se han hecho al modelo moderno de formación, provienen justamente del ámbito de la Educación. Los modelos educativos, desde la reforma educativa española en los años '80 y en Chile con la Reforma Educativa chilena en 1994, entran en una fuerte crisis al momento de asumir la complejidad del abandono de lo moderno como referencia. Edgar Morin, pensador y filósofo francés, propuso en un documento solicitado por la UNESCO fomentar siete saberes necesarios para la educación del futuro y en su prólogo establece: "hay siete saberes fundamentales que la Educación del futuro debería tratar en cualquier sociedad y en cualquier cultura sin excepción alguna ni rechazo según los usos y las reglas propias de cada sociedad y de cada cultura". Con esta publicación Morin pareciera haber decretado, regularizado aquellas dudas respecto de la posibilidad y pertinencia de una educación posmoderna. No obstante, la tensión entre Educación y control, Educación y saber, Educación y gobierno (poder), siguen siendo hoy en día temáticas de gran alcance y absolutamente abiertas en los espacios de discusión dentro de las Ciencias Humanas. La psicología y particularmente la Psicoterapia, o más bien la formación en psicoterapia no gozan de alguna publicación que decrete los aspectos más importantes en relación a la posibilidad y pertinencia de una formación posmoderna en psicoterapia. Por una parte, porque en el caso de disponer de esta gran declaración valórica, quedaría atrapada en la imposibilidad de describir los procesos de enseñanza de la psicoterapia (Bianciardi 2004) y, por otra, porque siendo rigurosos, en el caso que se dispusiera de un documento de este tipo, la alternativa sería precisamente abandonarlo en tanto decreto de verdad.

Se puede sostener que la presencia permanente de un mundo virtual (un mundo que por cierto no está en duda) provoca la pregunta permanente sobre el conocer o sobre el acceso a la realidad, es más, hasta podemos decir que muchas veces partimos y nos quedamos en esta pregunta. El nacimiento y difusión de la red (Internet) ha hecho que permanezcamos más bien en la pregunta sobre la realidad. Desde 1992, cuando Internet entra en las casas de las familias, la realidad deja de ser una sola y entonces aparece este "espacio" en red, que no tiene nada de imaginario y que va mucho más allá del poder conectarse o contactarse en tiempo real. Es entonces el pensar epistemológico el que prima en la modalidad relacional posmoderna; y claro, es posmoderna, en tanto muchas

de nuestras prácticas lo que hace es justamente cuestionar la veracidad de una sola realidad o una explicación unificadora para cualquier fenómeno. Ciertamente aburre que se produzca una especie de sobreepistemologización de los discursos, es decir, una exagerada atención a escapar de los conceptos de verdad única o una exagerada relativización de cada aspecto de la realidad. Entonces, en un contexto que propende hacia la epistemologización de las conversaciones (¿Cuántas veces nos encontramos contraponiendo realidades posibles con otro?) es lógico que aquella pregunta (o más bien interés) por un pensar ontológico, que dé cuenta de alguna idea sobre el ser, quede más bien supeditado a una práctica intelectual, vista por otros como elevada. Para la praxis de la Psicología en general y para la psicoterapia en particular, será una tarea compleja el hacer emerger una ontología de la praxis. Esto además parte del supuesto que toda praxis, así como se sostiene desde una posición epistemológica (de la cual haremos lo posible por no centrarnos en ella) dispondrá también de una ontología a la base.

Que la ontología se encuentre a la base de la praxis, es decir, que una idea del ser está siempre sosteniendo una práctica, es una premisa difícil de cuestionar. Sin embargo otra opción más bien drástica es considerar que la ontología (insisto, idea del ser, idea de lo psíquico) no es basal, sino más bien una producción del discurso en los otros niveles, es decir, que al momento de llevar a cabo cualquier acción, desde una postura determinada, la idea que se tiene del ser (ontología) se produce, aparece. Lo psíquico es una *invención*³, no sólo algo que se ha inventado. Esto implica que sea una lectura posible (por sí mismo o por un observador externo) sólo a posteriori y en consecuencia no *determina* la acción sino más bien que se desprende de ésta. En palabras de Derrida, la ontología que dispone nuestras acciones es una *invención* del Ser. (Derrida, 1987). Más adelante volveremos sobre este argumento.

Por último, para agregar un tercer elemento referido al cómo se enseña hoy en día en este contexto, por ejemplo, la psicoterapia (y siempre en una fase introductoria todavía) queremos sostener la idea de formación planteada, respecto de que se trataría de un proceso de de-formación, que parte de la base y características de cada persona y que emerge en la relación dialéctica entre formador y formado (Bonelli, C. y Gálvez Sánchez F., 2004). Entender la formación como un proceso *deformativo* tiene profundas consecuencias en aquello que es posible ‘transmitir’ a un formado y sitúa la discusión más bien en los procesos que originan la mutación de parte de quién está en la posición del que aprende, pero también respecto de aquel que está en la posición del que entrega. Nadie hoy en día se atreve a cuestionar la idea de que el acto mismo de enseñar es un proceso que comporta necesariamente que quien está enseñando también aprenda, sin embargo no todos toman atención que se trata de un proceso de profunda modificación (deformación) para el formador y el formado. La premisa es que aquello que éramos antes de este encuentro es justamente lo que nunca volveremos a ser.

³ Invención en el sentido derridiano. El presente escrito no abordará en profundidad el tema ontológico mencionado como sí el tema de la formación en psicoterapia. Sin embargo se ha dejado planteada una idea desde la cual se pudiera estar dando cuenta de una ontología de lo psíquico como una invención. Para mayor detalle véase Derrida Jacques (1987) “*Psyché: invenciones del otro*” traducción de maribel rodés de clérico y wellington neira blanco en aa. vv., *diseminario. la desconstrucción, otro descubrimiento de américa*, xyz editores, montevideo, 1987, pp. 49-106.

Es entonces el proceso de formación en psicoterapia comprendido en una lógica de reformulación –invención- constante en el discurso, una deconstrucción propiamente tal y no una acumulación de conocimientos o, peor aun, una forma de cubrir aquellos aspectos carentes de la persona que llega para recibir lo faltante. Entender el proceso de formación como un proceso deconstructivo por su parte, nos lleva también a otro escenario que se acerca cada vez más a la necesidad de construcción, deconstrucción y deformación de un personaje. Deconstruir un texto es interrogar los supuestos que lo conforman para posibilitar una nueva perspectiva. (Derrida 1989). La actitud deconstructiva sólo se puede actuar (atención que dije actuar esta actitud) si se considera que es inexacto⁴. Mientras Derrida defiende la idea que estas identidades inexactas lo son en tanto los seres humanos requieren de la mediación de la conciencia (o el espejo del lenguaje) para conocerse a sí mismos y al mundo. La filosofía tradicional diría que estas impurezas entonces deben estar excluidas del proceso de conocimiento. En el mismo sentido, Cecchin señala la participación de los prejuicios como acción inevitable en el acto de conocer y describir la realidad, dejando a la psicología tradicional como aquella que continúa pensando que es algo que se debe intentar evitar en la práctica psicológica y psicoterapéutica. Pues bien, en la defensa de estas inexactitudes, de estas impurezas⁵, traduzco: Cualquier conversación terapéutica entonces es siempre impura y como tal desafía la noción de representación, en sentido más estricto no es lo que está producido, lo que ha sido realizado, sino lo que hace posible la realización y la producción.

¿Qué diablos podría tener que ver todo esto con la construcción de un personaje terapéutico en la formación?

La secuencia sería más o menos esta: Al situarse en un contexto posmoderno que privilegia la crítica a las certidumbres; al asumir una idea del ser como invención – producción- del discurso; y, al considerar el proceso de formación en psicoterapia como un proceso destinado a la deformación de quienes participan de él, se tiene que en el intento de describir este proceso aparece como posible, prudente y novedoso, asociarlo al proceso de construcción de un personaje. Es decir, así como se puede dar cuenta del proceso, se puede también dar cuenta de un transcurso que lleva a cabo el formando, a través del cual, desarrolla un personaje (en el rol de psicoterapeuta) que cada vez va siendo más propio, que cada vez va siendo más personal y que conformará a la larga el *ser* de esa persona en su dimensión de psicoterapeuta.

⁴ Umberto Eco (1990) se atreve a aceptar que los signos son imprecisos a un nivel desesperante y nos invita a desconfiar de los signos. Si tenemos esta actitud de desconfianza y soportamos lo desesperante que resulta ser el hecho de que aquello que vemos, oímos, sentimos, no representa exactamente el propósito inicial según el que ha sido construido o dicho, entonces la deconstrucción emerge como una consecuencia casi natural, una especie de continuación del proceso donde el inicio está marcado por aceptar la incertidumbre y el amor a las impurezas.

⁵ La escritura entonces siempre es impura y como tal desafía la noción de identidad, en sentido más estricto no es lo que está producido sino lo que hace posible la producción. Extraído de Fifty Key Contemporary Thinkers, John Lechte, Routledge, 1994 en http://www.antroposmoderno.com/antroposmoderno/articulo.php?id_articulo=273

Se parte de la premisa que todo actor que participa de un proceso de formación está involucrado afectivamente en este proceso. Dicha vinculación puede ser a un nivel medio o bien totalmente involucrado, sin embargo, existe siempre un grado de participación que va mucho más allá de la incorporación de elementos cognitivos o racionales a una praxis determinada. Más aun cuando se habla de procesos de formación en psicoterapia, donde es indiscutible que la praxis no está hecha sólo de elementos cognitivos o racionales en tanto se reconoce la complejidad del encuentro entre personas centrado en la idea de ayuda, facilitador, perturbador, acompañamiento o cualquier acepción que se le esté atribuyendo a lo que ocurre en terapia. Es así como el estar involucrado en una u otra medida asegura que la formación toque aspectos subjetivos o personales (o al menos debiera intentarlo) que refieren a la relación entre lo que *soy* y lo que *hago*. La premisa declarada se amplifica en el momento en que se habla inclusive de la construcción de un personaje, es decir, una buena forma de dar solución a la probable tensión que podría aparecer entre practicar lo que aprendo, manteniendo una cierta espontaneidad, sinceridad o (lo que trae consigo la tensión) una cercanía con la realidad. Efectivamente pues, pudiera notarse una inconsistencia al momento de pretender mantener una ideología posmoderna y sentir la necesidad de actuar un personaje que no “represente” aquello que soy o digo ser. Sobre todo en circunstancias en que durante el proceso de formación se le pide a la persona que lleve a cabo ciertas actitudes o prácticas que pueden resultar totalmente ajenas a la forma de ser en el mundo que esa persona tiene hasta ese momento.

Estando esta primera premisa declarada es entonces oportuno recoger algunos elementos del proceso mismo que tiene (o que podría tener) la construcción de un personaje. Para ello es necesario hacer un salto desde las disciplinas de las ciencias sociales hacia las disciplinas artísticas y literarias, que por mucho tiempo, se han estado ocupando de este tema.

El personaje desde las disciplinas artísticas y literarias

Un primer elemento es recoger algo ya mencionado, que tiene que ver con la crítica a considerar al personaje como algo carente de realidad, es decir, como una especie de ficción de la persona. Son siempre las posiciones estructuralistas y naturalistas las que defienden concepciones basadas en la noción de verdad única, realidad irremplazable. Elena Galán (2007) sostiene que esta forma de entender un personaje se basan en premisas aristotélicas, manteniendo la idea de que los personajes son productos de las tramas y que su estatus es “funcional”, que son, en definitiva, participantes o *actantes* y no personas, que es erróneo considerarlos como seres reales. Centrarse en un personaje entendido de esta forma implicaría analizar lo que los personajes son en una historia particular y no lo que los personajes son. Es evidente (y si no lo es, que lo sea desde ahora) que para la ideología posmoderna planteada no corresponde tomar un entendimiento del personaje de este tipo, sino más bien acercarse a concepciones más abiertas. Visiones ciertamente más dinámicas que lo entienden como un cierto conjunto de actividades, de transformaciones antropomórficas que cobran sentido y significación a medida que representan un hacer (E. Galán Fajardo 2007).

Siempre en esta misma línea, desde las variadas disciplinas se ha intentado hacer referencia a un personaje que no es sólo aquel que cumple un rol determinado y que se

encuentra más bien distanciado o separado de la persona que desempeña ese rol. En este sentido, cobran sentido las consideraciones de Baiz Quevedo:

Una de las clasificaciones que ha marcado la dicotomía entre “el personaje como construcción” y el “personaje como representación”, es la distinción ya clásica –Utilizada por ejemplo por Ducrot y Todorov (1986) y también S. Chatman (1978- Se trata de aquella que establece una diferencia entre el personaje plano (una construcción unidimensional, que resalta una única cualidad del personaje) y el personaje redondo (una suerte de representación de la persona real, que revela sus incompletitudes, sus contradicciones y sus complejidades). (F. Baiz Quevedo, 2001 p. 30)

Incluso podemos llegar más lejos tomando consideraciones de otros autores que descansan en la idea de que el personaje, como tal, no puede ser definido y que deberíamos aceptar que se trata de un lugar de variadas incertidumbres textuales y metodológicas (Garín 1983). Muchas veces se ha usado el concepto de personaje, y su proceso de construcción, como uno de los aspectos constituyentes de la crítica literaria, dejando al personaje en un status de ambigüedad⁶ y, en muchas ocasiones, siendo desplazado por el concepto de “sujeto”. Situación similar se vive en la Psicología, donde una buena cantidad de escritos, tesis y autores se han inclinado por la noción de sujeto y subjetividad.

Participando entonces de esta suerte de deconstrucción del *personaje*, nos encontramos en condiciones de identificar algunos elementos que constituyen a este personaje, siempre teniendo en cuenta que algunas de estas visiones, en tanto naturalistas, podrán comportar algo de ruido a las declaraciones precedentes.

Fernandez Díez (1996) habla acerca de la manifestación del personaje a través de las siguientes facetas:

La presencia	Rasgos iniciales
	Elementos artificiales
La situación	Contexto en el que se sitúa un personaje
Acción o actuación	El escenario (que permite completar y contextualizar la acción y el diálogo de los personajes)
	La palabra (que expresa el estado de ánimo del personaje)

Fernández Díez, F., *Arte y técnica del guión*, Barcelona, Ediciones UPC, 1996⁷

Alejándose de la posición de Fernandez Díez, centrada en un personaje de guión, encontramos otros elementos dignos de ser considerados como constituyentes de un personaje, los cuales, al final del texto se tratarán de relacionar de manera directa con la formación en psicoterapia.

⁶ El concepto de personaje, pues, sigue siendo confuso, precisamente porque cada vez se va cargando de más significaciones ajenas. Esta confusión permanece viva durante todo el siglo XIX, aunque el personaje sea considerado más en detalle por la crítica romántica. Garín Martínez I. (1983) “El personaje dramático: ascensión y caída de un concepto a través de la crítica shakespeariana de los siglos XVIII y XIX” Revista de la Asociación Española de Estudios Anglo-Norteamericanos, Vol. 5, N° 1-2, Págs. 28

⁷ Disponible en <http://www.scribd.com/doc/2878347/Arte-y-tecnica-del-guion>

Contexto

No existe el personaje por sí solo, es decir, aislado, aparecerá siempre en un contexto, con influencias culturales del presente, del periodo histórico al cual pertenece, pero también como se articula en su presente, condicionantes propias de su origen étnico, social, religioso, educativo.

La forma particular que tenga el personaje de conjugar las condicionantes de su origen con las privativas del presente no son elementos o formas que hacen que el personaje sea más o menos libre, no son tampoco la estética del drama, menos aún se trata de la manera en que se representa la realidad. El contexto es parte del personaje y la forma particular que tenga el personaje de conjugar las condicionantes de su origen con las privativas del presente es también en sí misma el personaje.

Meta

Fernández Díez (1996) habla de motivación, acción, meta y conflicto. Toda acción debe estar motivada. Es claro que la acción debe ser precedida por una motivación que puede ser lejana o general (referida a las experiencias del personaje, su historia personal, su modo de pensar) o puede ser inmediata (que actúa en forma de estímulo y requiere una respuesta urgente de parte del personaje).

En ocasiones puede ser el escenario en el que se desenvuelve la acción quién esté determinando (aunque sea momentáneamente) la motivación de las acciones que ahí se desarrollan, es en este sentido ausplicable que se intente tomar conciencia de estas condicionantes, dado que pueden, en vez de revelar las motivaciones del personajes, privarlo de libertad, cosa que ningún personaje, en cuanto tal, aceptaría.

Postura/Opinión⁸

La postura/opinión es inevitable para cualquier persona o para cualquier personaje frente a una determinada situación, lo que sí puede ocurrir es que dicha opinión no sea explícita o no forme parte de las evidentes acciones que se desarrollen. Una opinión, o incluso una postura frente a un acontecimiento, puede ser simplemente pasiva, sin embargo, no es nunca una falta de movilidad. En este sentido se defiende la idea que el ser partícipe de una situación, ya estar en conocimiento de, implicará necesariamente una opinión al respecto, la cual puede o no ser elaborada, verbalizada, intencionada.

El personaje tiene opinión y la forma en que decida hacer uso de ella será lo que pueda determinar que sea, junto con ser un participante, un protagonista.

Evolución

Otro de los requisitos (y quizás es este uno indispensable) es el de la modificación. En vez de Aristóteles que sitúa las tres instancias transformadoras del personaje en la peripecia, el reconocimiento y la pasión, Egri⁹, en cambio, habla de un “crecimiento del personaje” y lo instala además como una condición ineludible del buen drama. Este crecimiento, que por lo demás es gradual, tiene su origen en el conflicto. (Egri, 1946, en Galán Fajardo 2007).

⁸ Ante la disyuntiva de poner uno u otro concepto, se ha optado por poner ambos, el primero, postura, para remitir a la posición epistemológica que todo personaje tiene y, el segundo, opinión, para remitir a aquello que en el párrafo se explica en detalle.

⁹ Egri (1946) *The art of dramatic writing. Its basis in the creative interpretation of human movies*, New York, Touchstone Book, 1946. Citado en Galán Fajardo E. (2007) “*Fundamentos básicos en la construcción del personaje para medios audiovisuales*” Universidad Carlos III (Madrid). Facultad de Humanidades, Comunicación y documentación. Revista del CES Felipe II, N°. 7, 2007

Probablemente el hecho de que en este escrito se haya optado por la construcción del personaje, en vez de, por ejemplo, la construcción de sujeto, tiene que ver en gran medida con esta condición, la cual ciertamente más que una limitante es un factor agregado al dinamismo y novedad permanente que intenta poner en juego la condición posmoderna.

La construcción del personaje desde la disciplina teatral

Hablar de construcción del personaje en la disciplina teatral es hacer referencia obligada a Konstantin Stanislavski¹⁰, actor, director y teórico teatral ruso, quien en sus libros “Un actor se prepara” y “La construcción del personaje” intenta trabajar el personaje como alguien que interpreta (y con ello produce) de manera verídica al otro.

La construcción del personaje entonces no sería solamente un trabajo sistemático, sino además un esfuerzo articulado con algunas metas específicas y, sobre todo, alcanzables. Para Bravo, P.; Hinostroza, O.; Karahanian D. (2001) El aspecto más complejo en la Construcción del Personaje, es la vinculación con la emoción, entendida como energía que brinda fuerza a los objetivos particulares. Asimismo otro aspecto que cobra relevancia en esta construcción, es el *objetivo* que los personajes tienen en la historia común, puesto que éstos otorgan la energía que los moviliza permitiendo entretejer la trama que los une.

El personaje viviría una gama de emociones en cada una de las situaciones de las que participa y son precisamente estas emociones las que permiten modificarla. Stanislavski, sostiene que en la construcción del personaje, éste siempre está puesto en el presente (independiente de la época en que se sitúe), por lo que no tiene acceso a una comprensión completa de sí mismo, aún cuando se dé cuenta de su pasado, no sabe su devenir. De no ser así, quedarían bloqueadas sus acciones y se tornaría incoherente su actuar. (Stanislavski, 1975, citado en Bravo, P.; Hinostroza, O.; Karahanian D. 2001)

Siempre siguiendo a Stanislavski, se pueden desprender como conceptos centrales de la Construcción del Personaje, en primer lugar, la *Tridimensionalidad del Personaje*, lo que implica que el personaje requiere del desarrollo de aspectos físicos, sociales y psicológicos, es decir, características particulares que permitan darle vida al personaje, sumado a otros aspectos tales como las metas/objetivos y el mencionado aspecto emotivo. El tercer factor importante en esta construcción sería el conflicto, elemento que amenaza (cosa que no es visto como algo negativo) el normal funcionamiento de la situación. El conflicto se manifiesta cuando los personajes se han desarrollado desde el punto de vista de sus características personales, con objetivos y secuencias de acciones concordantes con ellos. Cuando éstos han logrado entrelazarse en una historia común, situados en un contexto y situación definida, y cuando, por alguna razón, los personajes en juego se ven amenazados en la consecución de su objetivo, lo que, necesariamente, implica un riesgo para cada personaje en cuestión. (Stanislavski, Op. Cit).

¹⁰ Para mayor detalle véase <http://www.teatro.meti2.com.ar/teatristas/notables/stani/stani.htm>

El personaje en el contexto de la formación en psicoterapia

Un dilatado camino hemos recorrido para llegar a disponer de un marco en el cual, ahora, podemos establecer algunas reflexiones en torno al proceso de formación en psicoterapia y en el cómo (parte importante de esta propuesta) se llevaría a cabo una formación que considerara que quien está en la búsqueda de asesoría y entrenamiento, lo que está haciendo, puede ser leído como un intenso trabajo en la generación de su propio personaje.

El personaje terapéutico ha de ser inventado. Durante el proceso de formación, quien está en la posición de formando tiene la responsabilidad de construir(se) un personaje que sea acorde a las necesidades de su contexto y que se pueda conjugar con aquellas características que la persona cree tener, principalmente centrado en sus recursos y no en sus carencias. No es casual que se hable de inventar un personaje, siempre eludiendo al supuesto de que sea algo irreal o imaginario, sino rescatando el hecho de que se trata de algo nuevo, de algo que marca una diferencia (y es sobre esa diferencia que debe trabajar el formador) respecto de las condiciones iniciales del proceso de formación.

El hombre él mismo, y el mundo humano, se define por la actitud de inventar, en el doble sentido de la ficción narrativa o de la fábula historiante y de la innovación técnica o tecnopistémica (...) Podemos en primer lugar llamar invención a la capacidad de inventar, la aptitud supuesta natural y genial de inventar, la inventiva. Se dirá de un sabio o de un novelista que tiene invención. Podemos en seguida llamar invención al momento, al acto o a la experiencia, esta primera vez del acontecimiento nuevo, la novedad de esto nuevo (que no es forzosamente el otro, lo sugiero al pasar). Y luego, en tercer lugar, se llamará invención al contenido de esta novedad, la cosa inventada. (Derrida J., 1987 pp. 21)

Tomando nuevamente a Derrida y aludiendo a esta triple concepción de lo que es la *invención*, es que se pretende dejar explícita la invitación a no temerle a la invención al momento de participar de la construcción de un personaje. Esto vale tanto para el formador que, con una pauta muy estructurada de cómo se debe *ser* en terapia, corre el riesgo de limitar las invenciones de cada personaje que enfrente al momento de asesorar, entrenar o supervisar; como para el formando, quien, con el temor a dejarse llevar demasiado por *su* propia creatividad y salirse del esquema propuesto, corre el riesgo de limitar las invenciones que, después de todo, se revelarán a partir de sus propias hipótesis y sus propias posibilidades.

Otro de los riesgos posibles frente a la construcción de este personaje terapéutico es que se considere al error como una falta de apego a una forma determinada de *actuar* en terapia y que por lo tanto se coarte cualquier tipo de acción que escape a una supuesta norma de cómo se deben hacer las cosas en un espacio terapéutico. Esta situación se devela aún más si se piensa en que la conversación terapéutica debiese tener cierta naturalidad, sin embargo, a diferencia de cómo ocurre en cualquier otro tipo de conversación, en la cual es muy poco probable que uno se detenga a pensar que alguien cometió un error en su forma de conversar, en la terapia usualmente alguien decide que uno de los participantes (por lo general el terapeuta) ha hecho algo 'equivocado'.

Tal como lo estableciera el filósofo estadounidense Campbell, J., quien dedicara parte importante de sus obras al estudio de los mitos, si la escritura remitiera solamente

a una condición de verdad, nos sumergiríamos en una difícil tarea dado que la única forma de describir fielmente a un ser humano, es describir sus imperfecciones. Para Campbell, el ser humano no tiene ningún interés, pues resulta aburrido e inhumano (Campbell, 1991).

En la conformación de un personaje, en lo que podríamos llamar (como acto deconstructivo) el desgaste de los supuestos básicos que sostienen una práctica, por ejemplo, la práctica psicoterapéutica, no se puede enseñar una forma de actuar. Lo que se plasma en definitiva es un contexto relacional, del cual, quienes participan de él, siempre lo hacen de la mejor forma posible. No existirán certezas a las cuales atender, ni menos aun indecuaciones que sean posibles de destacar, para posteriormente reparar. La lectura de una conversación, en la cual se ha determinado que algo es inadecuado no remitirá a un error, sino sólo como lectura a posteriori a una conversación que se evalúa como útil o menos útil. Si la equivocación es entonces parte del carácter imperfecto de toda relación humana, entonces la tarea queda en manos de quienes, dependiendo del rol que tienen dentro del escenario, serán los encargados de evaluar dicha utilidad.¹¹

Por otro lado, y esta vez no se trata de un riesgo a evitar sino de una ventaja, el considerar el proceso de formación, como un transcurso centrado en la construcción de un personaje, puede comportar un desapego a lo que se es y la apertura a lo que se puede llegar a ser. Normalmente durante la formación quienes se encuentran en la posición de formando, declaran no poder realizar ciertas acciones complejas (como cuestionar hacer comentarios respecto de alguna posición terapéutica incómoda en la que se encuentran; o interrumpir a quien está llevando la conversación; o hacer preguntas centradas en hipótesis fuera de lugar; o hacer uso en la conversación de las propias emociones, aun cuando estas sean improcedentes, entre otras muchas intervenciones) aduciendo a un falta de seguridad, una falta de algún aspecto del propio carácter, una falta de tranquilidad como para poder darse cuenta de una mayor capacidad de cosas, o cualquier tipo de falta o incluso falla en la 'forma de ser'. La particularidad que tienen todas estas explicaciones son, no su lejanía con una supuesta realidad, sino más bien, el hecho de que se pone extrema atención a las fallas y dificultades, en vez de a los recursos de los cuales pueda disponer el formando. Es en este caso el formador quien debe contribuir a que el otro, en la relación del espacio formativo, logre un mayor desapego (o poner menos atención) a lo que se es y mucha mayor atención a lo que se puede llegar a ser, a aquello inexplorado de la propia persona, es decir, al sinnúmero de personajes no *actuados* hasta el momento, en el contexto terapéutico, pero quizás sí en otros dominios de existencia.

¹¹ Jonathan Culler, estructuralista y poeta estadounidense contemporáneo, quien escribiera sobre teoría literaria, insistía en que el contexto es ilimitado, decir esto obedece más bien al contexto es casi como no decir nada o decir todo. El significado, dice Derrida, es siempre referido al contexto, no hay, con respecto a la estructura profunda del lenguaje, contexto conveniente para proporcionar pruebas de un significado final. La terapia amenaza con ser un significado final, la descripción, narración que hacen las personas de sus propias vidas amenaza con ser una buena representación; el terapeuta experto amenaza con ser un agente creador (a veces engañosamente un co-constructor) de narraciones nuevas.

Por último, las cuatro categorizaciones ya propuestas como elementos centrales en la construcción de un personaje desde diferentes disciplinas artísticas y literarias, pueden dar luz a cuatro momentos diferentes dentro del proceso de deformación en psicoterapia centrado en la construcción de un personaje.

Contexto

Dado que no existe el personaje por sí solo, será importante en el proceso de formación, dar cuenta del contexto en el que se trabaja o se trabajará. Aun cuando esto pareciera ser de perogrullo, lo que se intenta establecer es la necesidad de una visión de conjunto (para esto suele ser muy útil el análisis sistémico de los contextos) que permita responder a la pregunta de cuáles tipos de personajes son posibles en este contexto en particular. Es evidente que no cualquier personaje es posible en cualquier contexto, pero más que adecuarse de manera rígida al escenario en que se desenvuelven, se propone el análisis contextual precisamente para evaluar la posibilidad de cambiar este escenario a través de los personajes que se instalen en él.

Meta

Si bien la psicoterapia aborda generalmente problemáticas sociales y psicológicas de alta complejidad, no siempre los psicoterapeutas, ni menos aún los terapeutas en formación han dedicado tiempo a desarrollar una reflexión acabada del por qué de la psicoterapia¹². No en el sentido laxo de para qué se lleva a cabo una conversación terapéutica, sino más bien, de manera personal, para qué se desarrolla una práctica como esta, cuál es la motivación que se está intentando satisfacer y sobre todo cuál es la ambición que se tiene como actor social a través de la práctica psicoterapéutica. Los modelos llamados posmodernos defienden la función política de la terapia, como una acción de cambio micropolítica¹³.

Postura/Opinión

Si se va a asumir la construcción de un personaje, entonces asumiremos también el desafío de contribuir a la generación de personajes que tengan opinión. Esto implica necesariamente que el formador ponga atención en todos aquellos aspectos que refieren a la política de la psicoterapia. Si se tiene la posibilidad de generar un propio personaje, éste tendrá dentro de sus peculiaridades la de disponer de una postura frente a la situación de la que es partícipe. Asimismo, si se tiene que un terapeuta en formación, logra generar un personaje terapéutico, esto será sin duda uno de sus recursos al momento de actuar en psicoterapia. Sin embargo, más importante aún, es que disponga de más de un personaje, de manera tal que pueda participar de diferentes contextos de manera plástica y con mayor eficacia. Si se tiene entonces más de un personaje, el hecho de que se pueda hacer una reflexión respecto de la posición que se ocupa en el sistema, es producto precisamente de disponer de una opinión. Si se cambia esa posición, es decir, se cambia el personaje, es porque se ha tenido una posición determinada y se cree que, en esta circunstancia particular, se debiera tener otra.

¹² En una ocasión tuve la oportunidad de escuchar a un alumno en formación respecto de su preocupación por el hecho de que los terapeutas en formación no estén interesados en saber para qué quieren ser psicoterapeutas. En esa ocasión me dijo “Horror, los psicólogos no saben para qué están formándose y menos aún quieren hacerse grandes preguntas”. Desde ese entonces, soy yo quien, en el rol de formador insisto en este tipo de preguntas.

¹³ Para mayor detalle, véase Michael White, “Medios narrativos para fines terapéuticos” (1993) y “Reescribir la vida: Entrevistas y ensayos” (2002).

Evolución

Cada formador debiera (a partir de esta propuesta) generar una especie de ciclo, es decir, con fases o etapas las cuales ir superando procedualmente, para facilitar y participar de la construcción de personajes terapéuticos en/con sus formandos. En este sentido, un programa de formación de terapeutas requerirá de varios momentos de evaluación de los personajes que se han ido construyendo, aspectos que se cree podrían conjugarse de buena manera con cualquier tipo de programa ya establecido. Incluso más, en algunas ocasiones, cuando se dispone de programas de formación ya articulados, sobre todo aquellos que disponen de una gran cantidad de tiempo de formación (por ejemplo, programas de acreditación clínica que normalmente superan las 1000 horas de formación), se trataría solamente de incorporar un lenguaje, una nueva forma de hablar, un abandono a la primacía del sujeto (versus personaje), una forma de leer los procesos ahora centrados, y la relación entre ellos, de los conceptos de personaje-escenario-acción.

Reflexiones finales

La ideología posmoderna nos invita a pensar en que la persona no *es*, es decir, que no hay ninguna esencia o unidad fundamental dentro de cada persona. El personaje pareciera al menos hasta hoy, estar mucho más libre de teorizaciones y ataduras propias de la cientificidad. En este sentido, a veces pareciera que es mucho mejor ser personaje que persona.

En la crítica literaria, fuente que lamentablemente no suele usarse demasiado en el ámbito disciplinar de la psicología para hablar de posmodernidad, se tiene una distinción entre *persona* y *personaje*, siendo los primeros aquellos que están en el espacio de lo ‘real’, mientras que los personajes quedan remitidos a la ‘ficción’. Sin embargo se sabe que esta distinción entre lo real y la ficción, entre persona y personaje, es ilusoria:

Lo real y lo ficticio porque tanto el uno como el otro son construcciones mentales elaboradas sobre una materia que nunca podemos conocer directamente, sino a través de un sistema de representación. Poco importa, en este contexto, que en el caso de la *persona* convertimos en lenguaje el objeto que percibimos, y en el del *personaje* el objeto percibido es ya lenguaje. La operación de construir es la misma. (Johnson Carroll B. 1995, pág. 14)

Marx plantea que la *persona* es la realidad íntima, una intimidad preexistente, mientras que el *personaje* es una imagen ficticia para consumo de los demás. Sin embargo persona y personaje convivían, siendo en ocasiones casi imperceptible sus diferencias. En la misma línea, Salvador Dalí era partidario de entender a la *persona* como una máscara a través de la cual sonaba la voz del actor, o sea una barrera impuesta entre el mundo, la mirada y juicio del otro, la realidad íntima del ser de quien se escondía detrás. Por último, Tzvetan Todorov, otro de los grandes teóricos de la construcción de personajes, sostiene: “*No parece haber una gran diferencia... entre una construcción basada sobre un texto literario y una construcción basada en un texto referencial pero no literario...La construcción de personajes desde un material no literario es análogo a la construcción del lector desde el texto de una novela. La “ficción” no esta construida de manera distinta de la realidad*” (Todorov T. 1990 cit. en Johnson Carroll B. 1995)¹⁴

Si la distinción entre persona y personaje ya no es tal, entonces bienvenida sea la invitación a entender la formación en psicoterapia como una construcción de personajes. Para el formando será desde ahora conveniente abandonar la pregunta sobre qué se es capaz de hacer y cuestionarse respecto de qué personaje quiero ser en aquel momento determinado. Para el formador, pareciera ser mucho mejor pensar que participamos de la formación de personajes, en vez de pretender que lo que hacemos es formar (en el sentido de moldear) personas.

¹⁴ Traducción no autorizada: Fuente original “Reading as Construction,” en Suleiman y Cros, *The Reader in the Text*, p. 80, Tzvetan Todorov, (1990) cit. en Johnson Carroll B. (1995) cit. En Johnson Carroll B. (1995) “La construcción del personaje en Cervantes”. *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 15.1

Referencias Bibliográficas:

- **Aristóteles.** (1999) “*Poética*”, Traducción de Santiago Ibáñez Lluch, Valencia, Ediciones Tilde.
- **Baiz Quevedo, F.,** (2001) “*El personaje a la luz de la semiopragmática*” Cuadrenos N. 17. Universidad de Jujuy, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. San Salvador de Jujuy Argentina Págs. 29-37.
- **Bertrando P., Toffanetti D.** (2000) “*Storia della terapia familiare*” Raffaello Cortina, Milano, Italia. Edición en español a cargo de Gálvez Sánchez F. “Historia de la terapia familiar” (2004) Paidós, Barcelona, España.
- **Bianciardi, M.** (2004), “*Imposibilidad y necesidad de una terapia ‘batesoniana’*”. En Bertrando P., Bianciardi M. (Eds). “*La natura sistemica dell’uomo. Il pensiero di Gregory Bateson a cento anni dalla nascita*” (En publicación).
- **Bonelli, C., Gálvez Sánchez F.** (2004) “*La construcción del espejo milanés*”. De familias y terapias, Revista del Instituto Chileno de terapia familiar, N. 18 pág. 7-15.
- **Bravo Manterola, P.; Inostroza Fuentes, O.; Karahanian Dersdepanian, D.** (2001), “*Hoy, la reconstrucción de un ayer: proceso teatral de construcción de historias y psicoterapia, el arte de coconstruir narrativas alternativas*” Tesis para optar al título de Psicólogo Universidad Central, Materias: Psicoterapia; Psicología.
- **Campbell. J.** (1991) “*El poder del mito*”, Barcelona, Editorial Emecé.
- **Derrida J.** (1989) “*La deconstrucción en las Fronteras de la filosofía*” (Textos: “La retirada de la Metáfora”. “Envío”), trad. P. Peñalver. Barcelona, Paidós.
- **Derrida J.** (1998) “*Deconstrucción y Pragmatismo*”. Trad. M. Mayer y I.M. Pousadela Buenos Aires, Paidós 1998.
- **Eco, U.** (1990), “*Semiótica y filosofía del lenguaje*”, Editorial Lumen, Barcelona, 355 págs.
- **Eco, U.** (1991) “*Recensión de U. Eco: Semiótica y filosofía del lenguaje*”. Anuario Filosófico XXIV/2, pp. 375-377.
- **Fernández Díez, F.** (1996) “*Arte y técnica del guión*”, Barcelona, Ediciones UPC,
- **Galán Fajardo E.** (2007) “*Fundamentos básicos en la construcción del personaje para medios audiovisuales*” Universidad Carlos III (Madrid). Facultad de Humanidades, Comunicación y documentación. Revista del CES Felipe II, N°. 7, 2007
- **Garín Martínez I.** (1983) “*El personaje dramático: ascensión y caída de un concepto a través de la crítica shakespeariana de los siglos XVIII y XIX*” Revista de la Asociación Española de Estudios Anglo-Norteamericanos, Vol. 5, N° 1-2, Págs. 23-38.
- **Johnson Carroll B.** (1995) “*La construcción del personaje en Cervantes*”. Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America.
- **Lyotard, F.** (1979) (1980) “*La condizone postmoderna*” Trad. it Feltrinelli, Milano, Italia.
- **Morin, E., Sátiro, A.** (2004) “*Edgar Morin y los siete saberes necesarios para la educación del futuro*” Aula de Innovación Educativa, (128), Págs. 55-58
- **Stanislavski, K.** (1953): “*Un actor se prepara*”. Editorial Diana. 30ª impresión 1997.
- **Stanislavski, K.** (1975): “*La construcción del personaje*” Alianza Editorial Madrid. 3ª Edición. 1984.
- **Todorov T.** (1990) “*Reading as Construction,*” en Suleiman y Cros, *The Reader in the Text*, p. 80, cit. en Johnson Carroll B. (1995) cit. En Johnson Carroll B. (1995) “*La construcción del personaje en Cervantes*”. Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America.